

nutus, o boca de rana, por su semejanza; es de la isla de Java, tiene a los lados de la cabeza en la región temporal y por encima y detrás del ojo un mechón de plumas desprovistas de barbas, que cubren completamente los ojos, haciendo que parezca la cabeza mucho mayor de lo que es; el ojo es amarillo azufrado. Vive también en la espesura de los bosques entre cañas y palmeras, donde anida. Esta especie se alimenta de gusanos y es más bien carnífera, a la manera de los Halcones, igual que los Podargos de Nueva Gales del Sud; la especie de los *Steatornis* son frugívoros e insectívoros, y nuestros Caprimulgidos son todos eminentemente insectívoros, por lo tanto muy benéficos. Les dicen «ataja caminos», porque generalmente de noche buscan su alimento en los caminos de tránsito de hacienda, y muchas son víctimas de los nuevos medios de locomoción que con la rapidez que van y encandilados por los focos, cuando ellos quieren volar las voltean de un golpe; con la luz de los reflectores se les ven brillar los ojos como dos foquitos colorados.

EL BOYERO, *AMBYLCERCUS SOLITARIUS*, EN CAUTIVIDAD

POR

PEDRO SERIÉ

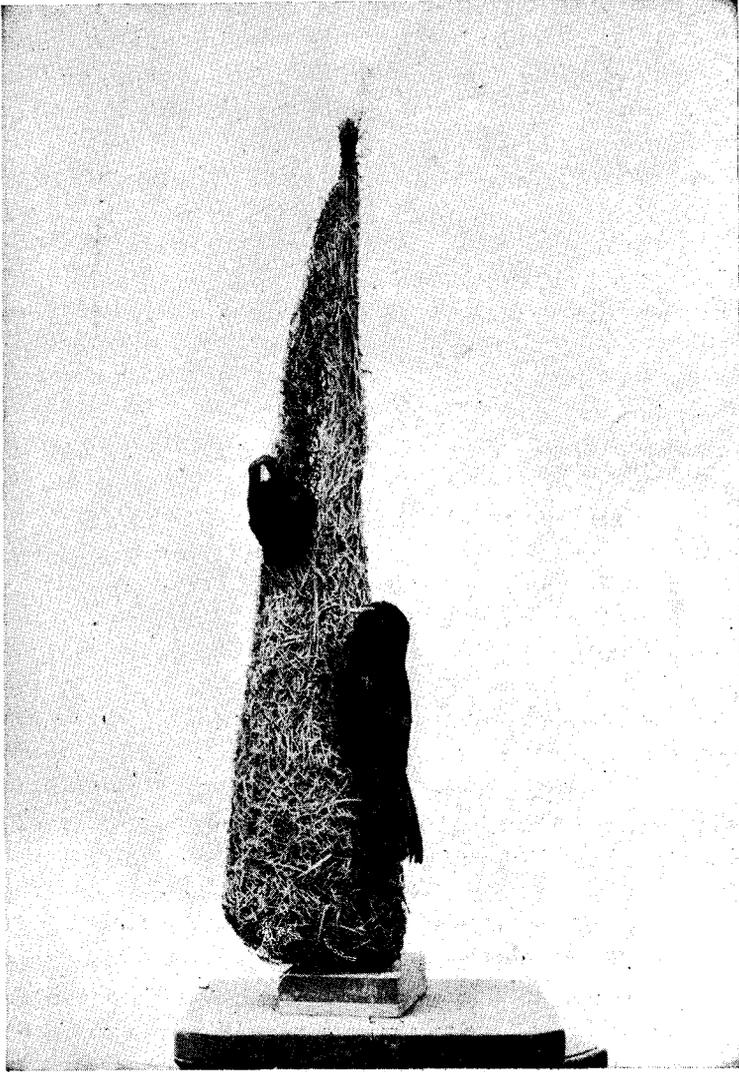
En una nota anterior publicada en EL HORNERO (I, p. 35, 1917), ya me referí a otro icterido, el boyerito de alas marrón (*Xanthornus phyrropterus*), capturado adulto y mantenido en cautividad durante algunos años.

En la presente, se trata de las observaciones hechas sobre dos ejemplares de otra especie de boyero, el grande, común, que vivieron en jaula durante varios años también, y uno de los cuales sigue aún con vida.

Tratándose de un ave insectívora, de canto tan delicado y apreciado, he creído que estos datos sobre su existencia en jaula podrían interesar a algunos lectores deseosos de conocer los hábitos domésticos de este simpático y popular icterido, citado tan a menudo en la literatura y en el folklore, por el encanto de sus melodías, su fama de mansedumbre y su nidificación tan típica.

Como se sabe, éste se distingue de los demás boyeros argentinos, por su tamaño algo mayor que el de un tordo, de cola larga, enteramente negramate, provisto de un leve copete, generalmente poco visible, con el pico largo y fuerte, achatado en su extremo y de un blanco amarfilado, que

con el tiempo adquiere tonos verdosos o amarillentos. Es relativamente común en toda la región del Delta y en las islas del río Paraná, en donde nidifica, colgando al extremo de una rama su bolsa característica, tejida



Nido del boyero, *Amblycercus solitarius* (Colecc. del Mus. de Hist. Nat. de Bs. Aires).

con filamentos vegetales grisáceos, de un largo variable, que pasa de un metro. Sus pichones son muy buscados por los conocedores para criarlos en jaula, pero su mantenimiento prolongado en cautividad ofrece, como se sabe, muchas dificultades y requiere cuidados especiales, pues aun criado desde pichón es siempre delicado, propenso a enfermedades del aparato

digestivo y sobre todo a convulsiones que acortan su vida. Por esta causa, los comerciantes en aves vivas poco se interesan por esta especie, aunque afirman que los individuos mansos son de gran valor, sobre todo los que « hablan ».

El primer ejemplar que obtuve, por intermedio del señor A. Philip, de Santa Elena (E. Ríos), era macho, procedente de las islas del Paraná, y criado desde pichón, a lo que debe atribuirse la mansedumbre extraordinaria que manifestó desde el principio y que fué creciendo a medida que se familiarizaba con el ambiente y las personas.

Instalado provisoriamente en una jaula de mimbre, pequeña para su tamaño y la que pronto destrozó jugando, no tardó sin embargo en cantar melodiosamente y en silbar de varios modos, los que también fué perfeccionando y ampliando gradualmente.

Se complacía en repetir con frecuencia el popular silbido « bi-cho-feo », que ya había aprendido seguramente en su lugar de origen, y el que se oía a casi una cuadra de distancia. Imitaba, asimismo, los sonidos y los cantos de las aves próximas y llegó a repetir con bastante nitidez varias palabras cortas que oía con frecuencia, como « papa », « te gusta », « Sara ». Desde el principio también empezó a sufrir accidentes convulsivos — dolencia que parece ser frecuente en estas aves — y cuya causa no pudo descubrirse, pues nunca dejó de alimentarse normalmente ni demostró padecer otras dolencias. Estos ataques, o síncofes, se producían repentinamente, en medio del canto o de la comida, precedidos siempre por un grito estridente y angustioso, cayendo el boyero al suelo, con el cuerpo tieso, las patas encogidas, los ojos nublados, sacudido por temblores convulsivos y quejándose débilmente durante varios minutos. Espectáculo penoso éste, que hacía recordar los conocidos accidentes epilépticos humanos. Volvía en sí poco a poco, quedando un largo rato inmóvil, mustio y abatido, hasta que con algún esfuerzo se trepaba a uno de los palos de la jaula. Estas crisis persistieron con intensidad variable e intervalos a veces prolongados, pero sin afectar aparentemente las demás funciones, pues pasado el accidente recuperaba su vivacidad habitual, se alimentaba y cantaba alegremente.

Su alimento se componía especialmente de carne hervida, picada con papas, fidecs y harina de maíz, alguna fruta de la estación e insectos cuando se conseguían. En continuo movimiento, ejecutaba una complicada acrobacia, colgándose del alambre tejido, o de los barrotes de la jaula, la cabeza hacia abajo, como un loro. Se complacía también con frecuencia en picotear los montantes de la jaula, arrancando fibras de madera con su pico acerado, y se obstinaba, a veces con éxito, en desatar, recreándose, los nudos de alambre que sujetaban los palos de la jaula.

Su mansedumbre llegó a ser extrema con los familiares de la casa. Se posaba en la mano, en la que comía y jugaba con los dedos, que trataba de separar con el pico. Retiraba de la boca cualquier objeto que se le ofrecía.

picoteaba los dientes, el cabello y las orejas y tironeaba los botones de la ropa de los que se acercaban al tejido de la jaula.

Murió después de tres años de cautividad, agotado por una serie de ataques intensos y repetidos, no advirtiéndose en la autopsia nada anormal. Fué preparado e incorporado a las colecciones del Museo.

El segundo individuo, que aún vive, procedente de la misma región, fué enviado también por el señor Philip, en diciembre de 1929, con varios más destinados al doctor Dabbene y al Jardín Zoológico.

Los hábitos de éste resultaron muy distintos de los del anterior, sin duda por no haber sido criado desde pichón, o acaso por tratarse de una hembra, lo que no pude comprobar, pues se sabe que los sexos en esta especie no se distinguen exteriormente. Bastante arisco durante los primeros meses, se suavizó algo después, pero sin llegar a la mansedumbre del anterior. Actualmente se anima a tomar en la mano alguna golosina (bizcochuelo o insecto) pero con algunas vacilaciones y reticencias. En cambio, nunca ha padecido afecciones visibles, ni convulsiones, ni ha dejado de alimentarse regularmente desde entonces, habiendo pasado ya dos inviernos en estas condiciones. Instalado desde su llegada en una jaula grande (1 m. 20), cubierta con techo de cinc, el piso del mismo material, con una capa de arena o aserrín, los barrotes gruesos (de unos 20 mm. de diámetro, a fin de evitar contracciones excesivas de los dedos), ha permanecido siempre afuera en un rincón del patio, limitándose a envolver parcialmente la jaula con una lona durante las noches frías. La intemperie y los fríos del invierno, aun cuando ha llegado a congelarse el agua de su bebedero, no le molestaron aparentemente, pues seguía bañándose casi diariamente hasta en los días crudos, sobre todo cuando divisaba algún rayo de sol. De índole reposada, no juega con los alambres, ni deshace de gusto la madera de los montantes, ni suele colgarse de una pata, como el anterior, aunque evita en lo posible bajarse al piso, no siendo para recoger alimento caído, y dando saltitos torpes como el gorrion. Durante la muda, que se produce a fines del verano y en la que pierde a veces toda la cola y se le denuda la cabeza por algunos días, permanece algo triste y pocas veces deja oír sus notas habituales.

Según la experiencia anterior, fué alimentado especialmente, como es de práctica con las aves insectívoras, a base de carne tierna picada, en este caso corazón poco hervido y muy desmenuzado, mezclado con papas o fideos cocidos, y harina de maíz cruda, en partes iguales. Luego fué habituándose a comer fruta (naranja, mandarina y uva), la que ingiere glosamente con preferencia a su macizo «pâté» mixto; pero asimismo evidencia una alegría ruidosa cuando puede comer algún insecto (mosca, araña, cucaracha, escarabajo o mariposa), y sobre todo las orugas del bicho de cesto, que extrae con destreza y rápidamente de su habitáculo erizado y resistente.

Cuando se le ofreció por primera vez, demostró en seguida conocer el contenido apetitoso de los capullos, que se apresuró en vaciar, arrancando la oruga por uno de los extremos, mientras que sujetaba el cesto con la pata y ensanchaba con su robusto pico ⁽¹⁾ el orificio de entrada, que como se sabe queda fuertemente apretado por la larva cuando ésta se retira, en caso de peligro, al extremo opuesto. A menudo, en su impaciencia por pillar la oruga y advirtiéndole su maniobra defensiva, el boyero daba vuelta bruscamente al cesto y lo acometía por sorpresa en el otro extremo, sacando entonces fácilmente la oruga, que engullía con avidez, previa extracción de los jugos y vísceras verdosas, mediante algunos golpes en los palos de la jaula. No se cansaba de comer estas orugas, aún después de haber ingerido diez o doce. Cuando se le daban varios cestos a la vez, los vaciaba y comía rápidamente, uno tras otro, abandonando la envoltura inútil, que no volvía a recoger después, a pesar de su aspecto externo idéntico al de los cestos llenos, demostrando así distinguir muy bien los que tenían larvas, aunque ningún rastro, ni movimiento visible indicase la presencia interna de éstas.

Aceptaba también con placer otros insectos, a los que arrancaba previamente las alas y patas, pero era manifiesta su preferencia por las larvas de los bichos de cesto.

Su familiaridad fué acentuándose poco a poco con las personas y los animales (perro y gato) de la casa, y ocurre frecuentemente que al darle la comida, o al acercársele simplemente, demuestra su alegría aproximándose al tejido, con la cabeza baja y la pluma erizada, emitiendo uno de sus cantitos alegres, que repite varias veces seguidas. Suele dedicar también esta misma manifestación amistosa al perro o al gato casero, cuando están muy cerca de la jaula, en actitud pacífica o indiferente.

La forma de su canto — del que es difícil dar una idea —, es inferior en extensión y armonía al del precedente, pero sumamente variada aunque poco sostenida. Se compone de frases breves y cambiantes, habiéndose contado de 8 a 10 trozos o tonos muy diferentes, formados por 3 a 6 notas, algunas muy armoniosas y agradables, otras raras, ásperas, metálicas como chirrido de roldana, que emite a intervalos variables, sea espontáneamente o excitado por la presencia de alguien o por algún ruido persistente, como ser la lluvia golpeando su techo de cine, o el rodar de los vehículos callejeros. Estas series de cantos breves, o tonadas, pueden dividirse en tres grupos bien definidos que corresponden a otras tantas clases de sensaciones inconfundibles: el hambre, por la mañana, o cuando su comedero está

(1) En los últimos meses el pico adquirió un desarrollo excesivo y desigual en sus extremos, sobrepasando la punta superior en varios centímetros la inferior, y estorbando así la alimentación. Esta dificultad fué, sin embargo, fácilmente salvada por el ave, que se adaptó desde entonces a esa modificación, ladeando completamente la cabeza cuando recogía su alimento caído en el piso liso de la jaula.

vacío, emitiendo unas notas cortas y repetidas, quejumbrosas y monótonas; el miedo, o la sorpresa, cuando divisa en la casa alguna persona o animal desconocidos, como también el paso de un gato extraño por la azotea — el que no confunde con el de la casa aunque sea del mismo color —, que provoca, como un chirrido persistente y molesto; para expresar la alegría dispone de una serie numerosa de cantos de su repertorio, breves en general pero muy variados, algunos tan extraños que no parecen emitidos por un ave, y otros tan armoniosos y agradables que llaman siempre sobremanera la atención de los oyentes.

Buenos Aires, mayo de 1932.

LOS MARTIN PESCADORES

POR

JOSE A. PEREYRA

(Véase la lámina en colores de la portada)

Los Martín pescadores pertenecen al orden de los Coraciiformes, familia Halcyonidae; se encuentran generalmente en las regiones templadas, siendo en América donde se hallan mayor número de especies y pocas en Asia y Africa. Frecuentan las costas de los ríos, riachos o canales de desagüe, donde buscan su alimento, pequeños peces, crustáceos, o larvas de insectos, sumergiéndose para atraparlos; andan solitarios o en parejas durante el año, silenciosos, posados sobre ramas bajas de árboles o arbustos que se encuentran en las orillas de esos lugares, y recorren largas distancias buscando lugar apropiado para su pesca, y solamente durante la época de la incubación y cuidado de los hijos permanecen en un lugar fijo. Eligen para anidar las barrancas de los ríos o canales, donde hacen cavidades tubulares profundas, de 50 centímetros a 1 metro de profundidad, y de 5 a 7 centímetros de diámetro; terminando en una clla donde depositan de 5 a 7 huevos blancos, lisos y de forma ovalada ancha. Buscan siempre donde el terreno sea algo arcilloso, más alto y donde las aguas hayan socavado la pared, quedando la entrada del nido generalmente a 25 centímetros más o menos de la superficie del terreno; cuevas que si no se ve entrar al ave pueden ser confundidas con la de algún mamífero. Son aves que no acostumbran andar por el suelo, pero muy ágiles en su vuelo, que es generalmente bajo, casi a flor de agua, siguiendo el curso del río, y si tienen que atravesar por tierra lo hacen a poca altura emitiendo un grito peculiar por el que le llaman « matraca ».